

Sección arqueológica

Panorama y perspectivas de la arqueología canaria

Por Manuel PELLICER

Los estudios de arqueología canaria, naturalmente, han tenido sus altibajos. La ingente labor desplegada no ha sido proporcional a los escasos frutos obtenidos. La razón radica en que se ha proliferado demasiado y, frecuentemente con demasiada ligereza. El fragmentarismo de las investigaciones, la falta de equipo, de método y de continuidad han retrasado los resultados positivos. En cuanto a yacimientos y materiales puede decirse que solo se conocen suficientemente las dos islas grandes, Tenerife y Gran Canaria. Pero aparte de este aspecto negativo que a primera vista se vislumbra, existen otros altamente positivos.

La arqueología canaria ha atravesado hasta hoy cuatro fases diferentes.

La fase inicial, que comienza en el momento de los primeros contactos con las Islas, ya en el siglo XIV, se caracteriza por un ambiente de tipo histórico con los relatos de navegantes, viajeros y cronistas de Canarias, durando hasta principios del siglo XIX. Estas fuentes, bastante abundantes, presentan prolijidad de detalles que, si bien nos han servido para penetrar en la vida de la prehistoria canaria, han contribuido también, por su comodidad,

a restar energías a la penosa investigación arqueológica. Entre estas fuentes destacan el relato atribuido a Boccaccio, las descripciones de Cadamosto y del humanista ingeniero Torriani del siglo XVI, oculta hasta el siglo XX, la de Espinosa, las historias de la conquista de Núñez de la Peña del siglo XVII y la de Abréu Galindo del siglo XVIII, la obra de Lope de Sosa y la del narrador Castillo Ruiz de Vergara. A esta fase corresponde la gran figura de José Viera y Clavijo y Bory de Saint Vincent.

La segunda fase respira el ambiente romántico de la primera mitad del XIX. Fue una época no solo científicamente estéril, sino más bien funesta para la arqueología. La sociedad, imbuida de la teoría rusioniana del buen salvaje, se lanzó a buscar sus restos con afán coleccionista, destrozando definitivamente lo que pudo ser rica fuente e interesante documento para la arqueología. Este espíritu dieciochesco todavía lo vemos asomar esporádico en la actualidad.

La tercera fase, la más brillante, representa el clasicismo de la arqueología canaria, que comienza a mediados del XIX y perdura casi un siglo. El interés científico se despierta, al ser estudiados los primeros restos humanos. Se plantea el problema de la antropología y de la etnología canaria, cuya primera síntesis se debió al francés Sabin Berthelot. Berthelot fue genial y auténtico profeta, a pesar del lastre de la fase anterior, un tanto ligero pero con gran visión de los problemas etnológicos. En su copiosa obra destaca su historia natural de tipo enciclopédico en que se conjugan la geografía, la geología, la historia, la etnografía y la antropología física. La historia primitiva canaria toma un nuevo impulso con las figuras de Boutier y Verrier, Viana, Béthencourt Alfonso, Sedeño, Herman, Rodríguez y Bonnet, más conocedor este último de la historia que de la prehistoria.

Al campo de la etnografía canaria aportó ricos materiales Chil y Naranjo, fundador de El Museo Canario de Las Palmas en 1879 y primer impulsor hispano de los estudios canarios con talla científica. El Museo Canario conserva en la actualidad el más variado y abundante material arqueológico y la mejor biblioteca del

Archipiélago. Pero según avanza el siglo XIX los estudios tienden a especializarse con la figura de René Verneau, eminente antropólogo francés, uno de los creadores del «Institut de Paléontologie Humaine» de París, que presentó la primera síntesis antropológica canaria, sólida base sobre la que se montó todo el aparato posterior. De menor talla, aunque no de menor interés, son los antropólogos extranjeros Von Luschan, Meyer, Behr, Kalkhof, Hooton, Tamagnini, Tarquini, Fischer y muy especialmente el austriaco Wölfel, que representa el momento de transición a la cuarta fase, junto con los antropólogos hispanos Barras de Aragón y Bosch Millares.

Las enigmáticas inscripciones de la Cueva de Belmaco, en La Palma, conocidas desde 1752 y mencionadas por Viera y Clavijo, fueron publicadas en 1867 y estudiadas científicamente por Berthelot, a la vez que se descubrían otras inscripciones en El Hierro, Fuerteventura, Gran Canaria (Barranco de Balos y Cuatro Puertas) y Tenerife (Anaga). Verneau, recopilados los datos, distinguió los grabados rupestres de las inscripciones propiamente dichas, llegando a la conclusión, siguiendo a Berthelot y a Faidherbe, de su carácter húmeda y asignándoles una cronología de la época de Juba el Joven.

El año 1924 significa un jalón importante por la creación de la «Revista de Historia», que después se convertirá, bajo la dirección del Prof. Serra Ràfols, en la «Revista de Historia Canaria» de la Universidad de La Laguna. Importante ha sido también la aportación de la revista «El Museo Canario» de Las Palmas, que viene publicándose desde 1933, aunque con algunas interrupciones.

La cuarta fase de nuestro panorama se caracteriza por la organización de la arqueología hispana con la creación de la Comisarias de Excavaciones Arqueológicas de la postguerra, obra del Prof. Julio Martínez Santa-Olalla, y con la publicación de una serie de revistas como los «Informes y Memorias», los «Noticiarios Arqueológicos» y los «Acta». Estas publicaciones se vieron incrementadas, en cuanto a la arqueología canaria, por el «Anuario de Estudios Atlánticos» publicado desde 1945 por el Patronato de

la Casa de Colón de Las Palmas. Esta nueva organización de la comisarías afectó decisivamente a Canarias, y la ardua labor de excavación, estudio y publicación de yacimientos y materiales estuvo a cargo de los comisarios de zona y provinciales, Profs. Serra Ràfols y Álvarez Delgado, y Srs. Diego Cuscoy y Jiménez Sánchez. A parte del nuevo ritmo que tomaban las excavaciones arqueológicas, la historiografía canaria, capitaneada por el Prof. Serra, en colaboración con el Sr. de la Rosa, lanzaba una serie de trabajos cuyo mejor exponente son los volúmenes de las «*Fontes Rerum Canariarum*», a la vez que el Prof. Álvarez Delgado investigaba sobre los documentos relativos a la conquista de Tenerife.

Con los trabajos de los doctores Ilse Schwidetzky y Miguel Fusté las investigaciones antropológicas dieron un paso definitivo en el estudio de los restos de los primitivos canarios, de los que en los museos Canario de Las Palmas y Arquelógico de Santa Cruz de Tenerife, se conservan miles de individuos, material antropológico aumentado por las colecciones del Museo Etnológico Nacional de Madrid y del Institut de Paléontologie Humaine de Paris. Bien puede decirse que los antropólogos han superado plenamente a los arqueólogos en el estudio de la prehistoria canaria y han llegado a afinar de tal manera que han podido trazar antropológicamente la historia de la prehistoria canaria, indicando tipos humanos, orígenes, distribución e incluso cronologías, de una manera magistral.

Como ciencia auxiliar de la arqueología, la lingüística ha aportado también desde la postguerra evidentes luces sobre los cronología de ciertas culturas canarias prehispanicas de origen norteafricano, sobresaliendo los excelentes trabajos primeramente de Wölfel con sus teorías sobre el guancho y el beréber y con su obra *Monumenta Linguae Canariae*, así como los de los Profs. Marcy y Álvarez Delgado, que rivalizaron con diferentes métodos en altura científica. Tampoco pueden pasarse por alto las obras de los lingüistas alemanes Giese, Zyhlarz y Vycichl.

Estrecha relación con la lingüística tiene la epigrafía canaria con bastantes inscripciones halladas y publicadas por Serra Ràfols, Hernández Benítez, Wölfel, Álvarez Delgado y Diego Cuscoy, a la vez que se estudiaba el arte rupestre.

A pesar del nuevo impulso que recibió la arqueología canaria desde el año 1940, a pesar de los muchos trabajos de campo, a pesar de las innumerables excavaciones publicadas como noticias e informes en periódicos, revistas científicas, folletos y libros, hay que confesar, sinceramente, que nuestros conocimientos sobre la prehistoria canaria no han variado mucho en estos 30 años. Y es así, que si analizamos el trabajo de Pérez de Barradas titulado *Estado actual de las investigaciones prehistóricas sobre Canarias*, publicado en 1939, y lo comparamos con las síntesis posteriores de Diego Cuscoy (*Paletnología de las Islas Canarias*, 1954 y 1963), de Pericot (*Algunos aspectos de los problemas de la Prehistoria Canaria*, 1955), y de otros, observaremos una reiterada repetición de conceptos refrescados exclusivamente por las valiosas aportaciones de los profesionales y especialistas en antropología y en lingüística.

Pero la labor arqueológica no se hace en un día. Gracias a las precisas informaciones de Serra Ràfols sobre los yacimientos y materiales últimamente descubiertos en todo el Archipiélago, gracias a la ardua y meritoria labor del descubrimiento y publicación de centenares de yacimientos y millares de materiales por parte de los entonces comisarios provinciales de excavaciones, Jiménez Sánchez en Las Palmas y Diego Cuscoy en Tenerife, a quien se debe entre su pingüe bibliografía el fundamental trabajo *Los guanches*, magnífica aportación a la prehistoria tinerfeña, y gracias a una legión de canarios que desinteresadamente aportaron su ciencia y su impetu al renacimiento de nuestra arqueología, como el Prof. Telesforo Bravo, que aportó valiosos fondos al Museo Arqueológico del Puerto de la Cruz, los Sres. Hernández, Roldán, Machín y tantos otros, tenemos ya la base de un gran estudio.

La quinta fase de la arqueología canaria yo diría que está comenzando con la reciente creación del Departamento de Arqueología, Prehistoria y Etnología de la Universidad de La Laguna. Esta fase está solamente en perspectiva, pero perfectamente sistematizada. La primera empresa que nos hemos trazado es la confección de la carta arqueológica del Archipiélago Canario.

La carta arqueológica de una región es el primer paso que hay que dar para poder estudiar esa zona. En el Archipiélago existen ya un número suficiente de yacimientos conocidos, estudiados o por conocer, y materiales suficientes en los museos y colecciones particulares, para que pueda ya presentarse la carta arqueológica. La carta arqueológica es simplemente una representación objetiva de los yacimientos y de sus materiales con indicación de situación, procedencia y demás circunstancias pertinentes. *Es una labor fundamentalmente descriptiva.*

Para la confección de la carta arqueológica de Canarias existen una serie de problemas tanto de tipo general como específico, como el centenario saqueo de los yacimientos; los aficionadas a la arqueología que en vez de favorecer esta ciencia la dificultan, destrozando el yacimiento y los materiales; el desconocimiento de la procedencia y circunstancias de hallazgos de muchos materiales de los museos; la inexistencia de excavaciones estratigráficas y, en consecuencia, la ausencia de cronología relativa y comparada de yacimientos y materiales y, finalmente, la topografía abrupta que dificulta el acceso a los yacimientos.

A pesar de estos problemas, es también cierto que todavía quedan muchos yacimientos intactos o saqueados, sin estudiar. Absolutamente, podemos decir que los yacimientos con estratigrafía, los más importantes científicamente, están intactos. Excepto la Cueva de Belmaco (La Palma), excavada y en vías de publicación por Diego Cuscoy, jamás se han excavado yacimientos estratigráficamente. Si la fragosa topografía dificulta al acceso a los yacimientos, también los protege del vandalismo.

El método que seguimos consiste concretamente: A) en la recopilación bibliográfica de todo lo referente o relacionado con la prehistoria canaria, cuyas copias son ordenadas por autores, materias, regiones geográficas y yacimientos; B) Inventario de todos los yacimientos del Archipiélago, indicados en fichas especiales; C) ficheros de fotografías, planos, croquis y dibujos de los yacimientos y de los materiales; D) Prospección de yacimientos conocidos por bibliografía; E) Prospección de zonas desconocidas; F) Excavación de un número suficiente de yacimientos con estratigrafía en cada isla para un estudio de estratigrafía comparada.

Estos trabajos deben elaborarse rigurosa y sistemáticamente a base de un equipo bien preparado, de técnicos y científicos y con unos medios de laboratorio y biblioteca que solo una universidad es capaz de presentar.

Pero de nada nos valdrá este cúmulo de materiales, si no conocemos las circunstancias de cómo fueron hallados y, sobre todo, si no podemos situarlos en el tiempo. Precisamente en este detalle ha fallado hasta ahora la arqueología canaria. Todavía no existe una pieza fechada. Ni el más eximio especialista sería capaz de fechar ningún gánigo guanche, a no ser con un margen de unos 3.000 años de error. ¿No es esto lamentable? En el Mediterráneo, en Oriente, o en Europa se fechan culturas de hace 5.000 o 7.000 años con solo un margen de error de doscientos o trescientos años. Entonces, ¿qué han hecho los arqueólogos en Canarias? Naturalmente resulta muy emocionante el descubrimiento de momias guanches, lo cual no deja de ser interesante. Pero es mucho más científico y urgente localizar yacimientos donde haya vivido el hombre, con un relleno suficiente para que se haya formado una estratigrafía, una sucesión de capas habitadas superpuestas, que podamos levantar una a una y donde podamos leer la cronología del guanche.

Existe un tópico sumamente repetido y falso de que en Canarias no existen estratigrafías. Indudablemente su inventor no debió ser un arqueólogo de campo. Hace unos meses realicé unas prospecciones en la isla de El Hierro y, como era de esperar, encontré varias cuevas con varios metros de relleno estratigráfico, que pueden ser o no fértiles arqueológicamente. Creo que muy pronto podremos presentar un panorama de estratigrafía comparada de carácter insular e interinsular. Podremos saber por vez primera la sucesión de culturas en cada isla y sus respectivas cronologías. Sabremos en qué momento se pobló cada isla, qué cultura se impone y cuál es su sucesión o su evolución. Hasta ahora la cronología de los yacimientos canarios se conoce solo por el análisis radiactivo del carbono 14 en diez muestras de yacimientos gran-canarios: Cuevas del Rey (292 ± 60 p. C.), Acusa (437 ± 45 p. C.), Guayadeque (547 ± 60 p. C.), Cueva de Roque Blanco (680 ± 80 p. C.), Agaete (1.008 ± 40 p. C.), Túmulo de la Guancha

1.082 \pm 60 p. C.). Como puede verse, a pesar de que el C. 14 según como se toman las muestras no es de fiar, la fecha más antigua obtenida es de hace 1.677 años. Sin duda, existen en Canarias yacimientos bastantes más viejos.

En cuanto al origen y a las fechas de penetración de los tipos humanos prehistóricos canarios, los antropólogos han llegado ya a conclusiones altamente satisfactorias. Verneau, autor de la primera síntesis de antropología canaria, distingue un tipo que él llama «guanche», relacionado con el tipo de Mechta el-Arbi, cromañoide, que hace de sustrato común en todas las islas; un segundo tipo (semita para Verneau, beréber para Pérez de Barradas), numeroso en Gran Canaria, La Palma y El Hierro, ausente en La Gomera y raro en Tenerife, y un tercer tipo negroide. La Dra. Schwidetzky, después de pacientes estudios, llegó a una conclusión análoga a la de Verneau, de la existencia en Canarias de un tipo cromañoide, de cara alta y mandíbula ancha, frecuente en Tenerife, especialmente en la costa Norte, en La Gomera y en el centro montañoso y en el S. O. de Gran Canaria, donde se refugiaría ante la llegada de los mediterraneos. Otro tipo es el que ella llama mediterráneo, de cara ancha y robusta, frecuente en la costa N. de Gran Canaria, más civilizado y posiblemente relacionado con los túmulos de Gáldar. Sin embargo, la investigación estadística no ha podido comprobar la existencia del tipo armenioide, alpino, negroide ni braquicéfalo. Estos tipos cromañoides y mediterraneos se encuentran en la prehistoria del N. O. africano durante el mesolítico y neolítico, aunque no existe una completa identidad entre ellos, ya que los africanos son más altos y robustos que los isleños por razones, quizás, de un proceso selectivo. Lo mismo en el N. O. de África que en Canarias estos dos tipos humanos persisten en la actualidad. Las investigaciones de Fusté dedujeron la existencia: 1) Cromañoide, de tipo Mechta el-Arbi, de la cultura ibero-mauritana de la costa norteafricana; 2) Un tipo euro-africano (el mediterráneo de Schwidetzky), protomediterráneo o mediterráneo robusto, tipo Ain-Meterchem, propio del capsense superior de Túnez y del neolítico del Mediterráneo occidental, análogo a los actuales tuareg y beréberes; 3) Un tipo mediterráneo grácil frecuente en el Sur de Gran

Canaria y mezclado con armenoides y orientaloides; 4) Un tipo negroide dudoso, existente en La Gomera.

Una pista de interés son las *lenguas aborígenes* canarias, muy mal conocidas, pero lo suficiente para poderlas relacionar semántica y fonéticamente con el beréber, según han demostrado Wölfel y Marcy, lo mismo que las inscripciones rupestres del tipo de las del Julan en El Hierro, identificables con la escritura libica, esa escritura de las inscripciones numídicas de la época púnica y romana en el N. de África, supervivientes en los Tifinagh de los tuareg.

Los grabados rupestres espiraliformes, relacionados con los de la Europa atlántica, sería más prudente unirlos a los norteafricanos, por razones de identidad y proximidad.

En fin, tendríamos ahora que enumerar y analizar una lista de materiales arqueológicos y presentar sus relaciones.

Los arqueólogos han distinguido en el Archipiélago dos grupos de islas, correspondientes cada grupo a cada una de las provincias, pero la arqueología y la antropología demuestran unas relaciones entre El Hierro y Gran Canaria que no existen con Tenerife, fenómeno que también se observa, más atenuado, con La Palma. Tenerife y La Gomera permanecen en un estado arcaizante, anquilosado, de subdesarrollo, con un sustrato de población cromañóide primitiva durante toda la prehistoria, sin que se haya podido atisbar hasta ahora ninguna evolución ni sucesión cultural, por falta de excavaciones estratigráficas y por falta de una carta arqueológica. Gran Canaria, la boya de amarre de las civilizaciones mediterráneas prehistóricas, pasadas por el tamiz norteafricano, es el exponente perfecto de todas las civilizaciones canarias desde la primera inmigración, quizás hacia finales del II milenio a. C. hasta el siglo XV p. C.

El *habitat* está en función de la geografía. El aborígen canario, en cualquier momento, vive en cuevas naturales si le son ofrecidas por la geomorfología en los acantilados y barrancos (costa tinerfeña, Barranco de Santiago de La Gomera, Guayadeque de Gran Canaria, Barranco de Tejeleita de El Hierro, Barranco de

Garome de La Palma). En las zonas más despejadas edifican sus casas y necrópolis (Gáldar, Las Cañadas, Puntagorda en La Palma, Barranco Amuley en Fuerteventura, Casas Hondas en Lanzarote). Si la roca es toba blanda, el canario abre sus cuevas artificiales (Cuatro Puertas, Gáldar, Teno). Indudablemente esta diversidad de *habitat* ha movido a los arqueólogos a establecer relaciones y cronologías con los consiguientes errores. La cueva natural les ha hecho apuntar hacia el preneolítico; los poblados de casas, los túmulos y las cuevas artificiales, hacia el eneolítico y megalitismo mediterráneo y atlántico. Quien no conoce la formidable pervivencia del megalitismo y derivados norteafricano (Barzinas y Chuchets beréberes), tiene que mirar necesariamente a las islas mediterráneas y a la Europa atlántica de hace 4.000 años.

Sería conveniente borrar esa nomenclatura confusa que no siempre corresponde a los monumentos así asignados, como tagóror, taro, ara de sacrificio, efequén, almogarén, menhir, cueva oráculo, betilo, banco votivo, casa de adoración, estela, etc... Lo positivo sería, más bien, hacer los planos con plantas y perfiles, establecer una tipología, confeccionar mapas de distribución y, entonces, sería el momento oportuno de tratar de explicarlos con textos de época de la conquista o por analogía con lo norteafricano. Monumentos como las Cuevas de Valerón (Guía) afortunadamente ya no se consideran cenobios para las harimaguadas, ni para cebar vírgenes, sino más bien graneros colectivos y defendidos como los del Atlas africano.

Los concheros con sus *pics* hicieron pensar en el mesolítico europeo, en el asturiense y en los kiokenmodingos nórdicos, sin tener en cuenta que al guancho del siglo XV pudieran gustarle los mariscos, arrancados de la roca con picos de basalto y de obsidiana.

Los escasos y pobres estudios de la cerámica canaria han llevado también a buscar orígenes y cronologías peregrinas. Basta pensar en los trabajos sobre las asas vertederos que, procedentes del Elam, hace unos 6.000 años, llegan a Canarias y viajan rumbo a América, o en las teorías sobre la cerámica a la almagra y embetunada del III milenio a. C., en el Mediterráneo, estilos que todavía persisten en el norte de África. ¿Por qué se relaciona la

cerámica impresa e incisa de La Palma con el neolítico inicial del Mediterráneo (V milenio a. C.) o con el Bronce Atlántico (1.000 a. C.)?. ¿No sería más prudente preparar un «Corpus Vasorum Canariorum» como trabajo previo, donde basar un estudio sistemático sobre orígenes, distribución, relaciones, pervivencias y posibles cronologías?

Sobre la función de las pintaderas grancanarias se ha discutido mucho. Es indudable que las pintaderas pueden tener varias funciones según se impriman en barro (sellos), cuero (estampados) o cuerpo humano (tatuaje). Lo que es imposible es relacionarlas con lo oriental, lo neolítico ligure y danubiano o con lo americano, a no ser remota e indirectamente.

Sobre los útiles de piedra no cabe plantear ninguna relación ni cronología, debido a la deficiencia cualitativa de la materia prima canaria.

Los molinos barquiformes se utilizaron en el O. africano y quizás se utilicen aún hoy día, por lo que no es necesario acudir al Egipto predinástico, ni al neolítico mediterráneo. Por otra parte, los molinos circulares, si llegan a la Península en un momento inmediatamente prerromano, hay que considerarlos en Canarias sumamente recientes, de influencia medieval, teniendo en el N. de África paralelos actuales.

Las cuentas segmentadas de barro de Tenerife se ha querido unir las a las predinásticas egipcias y a las del eneolítico y bronce inicial mediterráneo. En mis excavaciones de Egipto y Sudán las he localizado incluso, aunque vidriadas, en tumbas del s. V y medievales.

Los idolillos grancanarios, aunque de posible origen remoto en Oriente y en el megalitismo mediterráneo, sabemos que pertenecen, al menos en parte, a los enterramientos en túmulos canarios de hace solo 1.000 años.

Si las relaciones geográficas, lingüísticas, etnológicas y antropológicas apuntan al N. O. africano, la arqueología canaria no podía menos que dirigirse directamente también a ese círculo continental, como hemos visto, aunque los orígenes remotos en

tiempo y en espacio sean otros. Estas relaciones son perfectamente lógicas, si consideramos que entre Cabo Juby y Fuerteventura la separación es solo de 100 Km., siendo ambas costas visibles entre sí en días claros. Por otra parte, los vientos alisios, las corrientes marinas N.—S. y los vientos *harmatán* del Sáhara a la vez que facilitan el viaje a las Islas, imposibilitan el regreso.

En 1966 al Prof. Serra Ràfols pudo manifestar en el V Congreso Panafricano de Prehistoria una serie de aserciones con las cuales estoy plenamente de acuerdo:

1) La arqueología canaria, a pesar de haber sido extensamente estudiada, nos es muy poco conocida.

2) Casi todos los elementos culturales que componen el acervo material de la prehistoria canaria y que podrían ser un término de relación, no están sistemáticamente publicados.

3) Desconocimiento de la arqueología y etnografía del África noroccidental por parte de los arqueólogos que han investigado sobre Canarias.

4) Abuso de establecer relaciones directas entre el Archipiélago y la prehistoria del Mediterráneo y del Atlántico, mucho mejor conocida que la norteafricana.

5) Desconocimiento por parte de los arqueólogos de las culturas del África negra.

Nota de la Redacción.—Debíamos incluir en esta sección dos importantes trabajos de nuestro colaborador don Sebastián Jiménez Sánchez, en los que da cuenta de exploraciones en difíciles cuevas de los canarios aborígenes; pero la demora en obtener las indispensables ilustraciones nos obliga a aplazarlos para el próximo volumen de 1970.—LA DIRECCIÓN.

Crónica arqueológica y de historia del arte

1968-1969

La organización oficial de control de la arqueología en estas islas, como en toda España, ha sido cambiada dentro de estos dos años que reseñamos. Al sistema de los delegados provinciales y el delegado de zona o distrito universitario, que estaban a cargo, respectivamente, de los Sres. Jiménez Sánchez, Diego Cuscoy y Serra Ràfols, ha sucedido, al cesar en la Dirección General de Bellas Artes (de que dependía el servicio) don Gratiniano Nieto, una Inspección General de Excavaciones Arqueológicas única para toda España y adscrita a la Dirección del Museo Arqueológico Nacional, de Madrid. Casualmente coincidió el cambio con el cese por jubilación del que era Delegado de Zona, Dr. Serra. Unos nuevos Consejeros Provinciales de Bellas Artes, cargo para el que han sido designados don Jesús Hernández Perera y don José Miguel Alzola, no parece que tengan la misión de los desaparecidos Delegados de Excavaciones.

Debido tal vez a alguna incertidumbre producida por estos cambios, son pocas las noticias que tenemos acerca de exploración propiamente arqueológica. Y de la conveniencia de alguna representación local para contribuir a salvar y valorar los hallazgos, casi siempre casuales, son buena prueba los hechos que con justeza evocaba Diego Cuscoy en un interesante artículo de «El Día», de 9 de junio de 1969, titulado *Noticias arqueológicas*. Hacía notar que mientras en torno a algunos hallazgos se da una información ponderativa y desorbitada, celebrándolos como sensacionales o únicos, cuando no pasan de habituales, otras veces se silencia el hallazgo con objeto de venderlo subrepticamente a algún turista caprichoso.

De Tenerife sabemos solo que don Luis Diego ha realizado importantes excavaciones en cuevas sepulcrales de Tegueste y visitó en la isla baja unos silos, acaso de los que dieron nombre a uno de sus pueblos, y algún depósito funerario indígena en la

misma zona. Varias prospecciones han sido realizadas por el catedrático de Arqueología don Manuel Pellicer y sus alumnos.

En Gran Canaria se ha constituido, a iniciativa de don Sebastián Jiménez Sánchez, una sección arqueológica dentro del Grupo de Montañeros de aquella isla, y sus adeptos han realizado arriesgadas exploraciones en cuevas de los barrancos de cumbre, con el afortunado hallazgo de nuevas pictografías. De estos trabajos dará cuenta su animador en páginas de esta Revista: Cuevas del Péndulo y de los Palos.

En la isla de Lanzarote realizaron exploraciones interesantes los hermanos Luis y Manuel Hernández Crespo, antiguos discípulos de esta Facultad, y don Agustín Acosta Cruz. En la Cueva de la Mora, entre la montaña de Tahiche y el mar, hicieron unas catas, que les dieron conchas, huesos y piedras perforadas a modo de colgantes y algún fragmento de cerámica, lo que depositaron en el Cabildo, con destino al siempre futuro museo insular. También en el vasto malpaís de La Corona, en el paraje Las Escamas, vieron en cuevas vestigios de habitación antigua. Tal vez más interesante, en las inmediaciones de la Quesera de Zonzamas y en las del mismo Palacio, vieron grabados o incisiones en roca, de las que obtuvieron fotos, que aquí reproduciremos sin comentario, si bien creemos en su indudable procedencia aborígen.

Mucho más eco tuvo el hallazgo de los restos de un sepelio en la misma isla a fines de 1968, en la cueva La Chiflanera, a unos dos Km. al norte del caserío de El Golfo, junto a la costa, con doble entrada, por el acantilado y hacia el interior. El cuerpo se hallaba casi cubierto de carbonato (¿salitre?), falto del cráneo y solo se retiró de momento la mandíbula, el esternón (del tipo perforado) y una guedeja de bien trenzado pelo; cerca, un trozo de tea y, a la salida de la cueva, uno de cerámica. Los exploradores, un grupo de montañeros y los Sres. Juan Brito, Estanislao González y Antonio Lorenzo, Delegado Insular de Excavaciones, extrajeron luego el resto del esqueleto. Hasta los periódicos de la Península dieron en forma sensacional la noticia de la sepultura de un gigante.

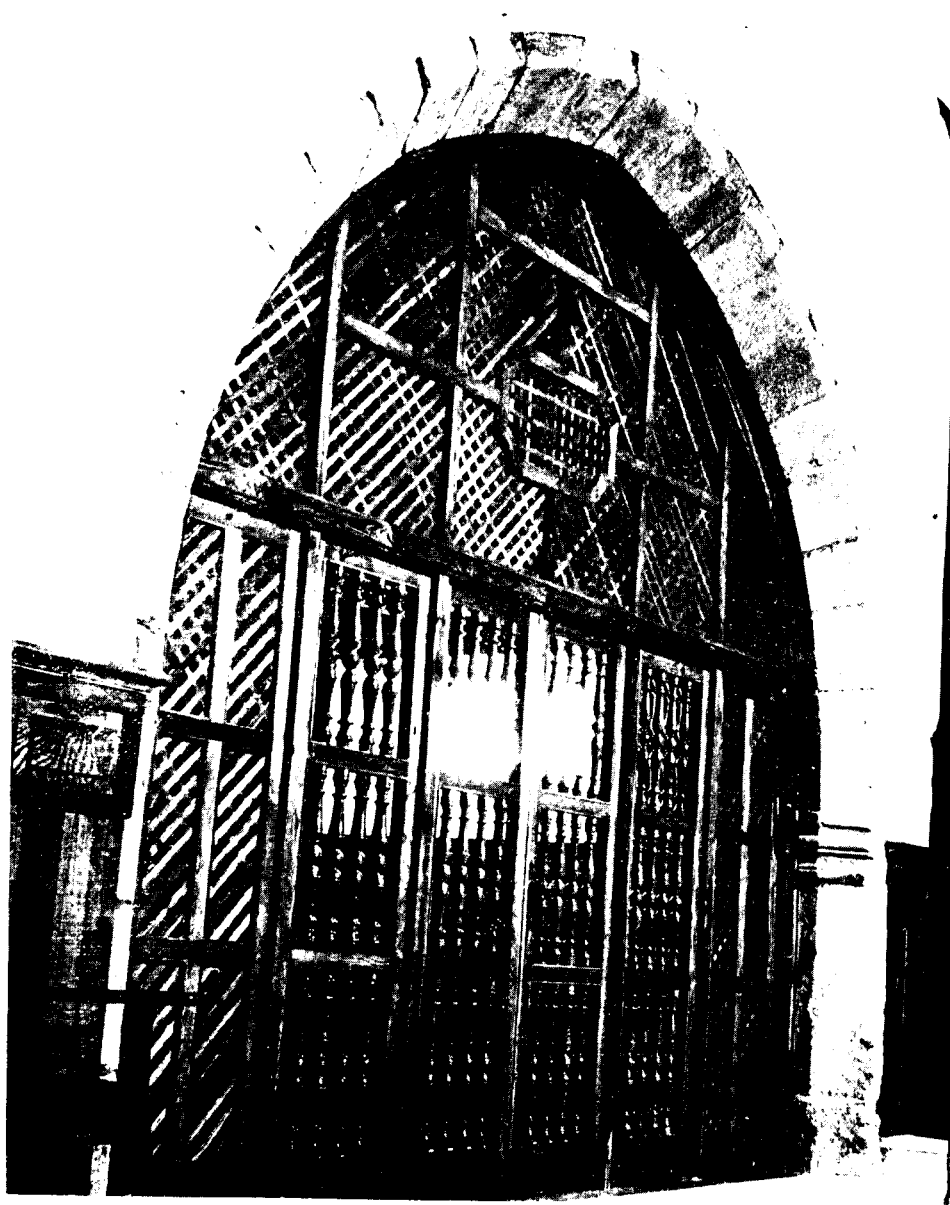
En Fuerteventura las exploraciones de don Roberto Roldán se orientaron a los posibles restos betancurianos y en buena parte



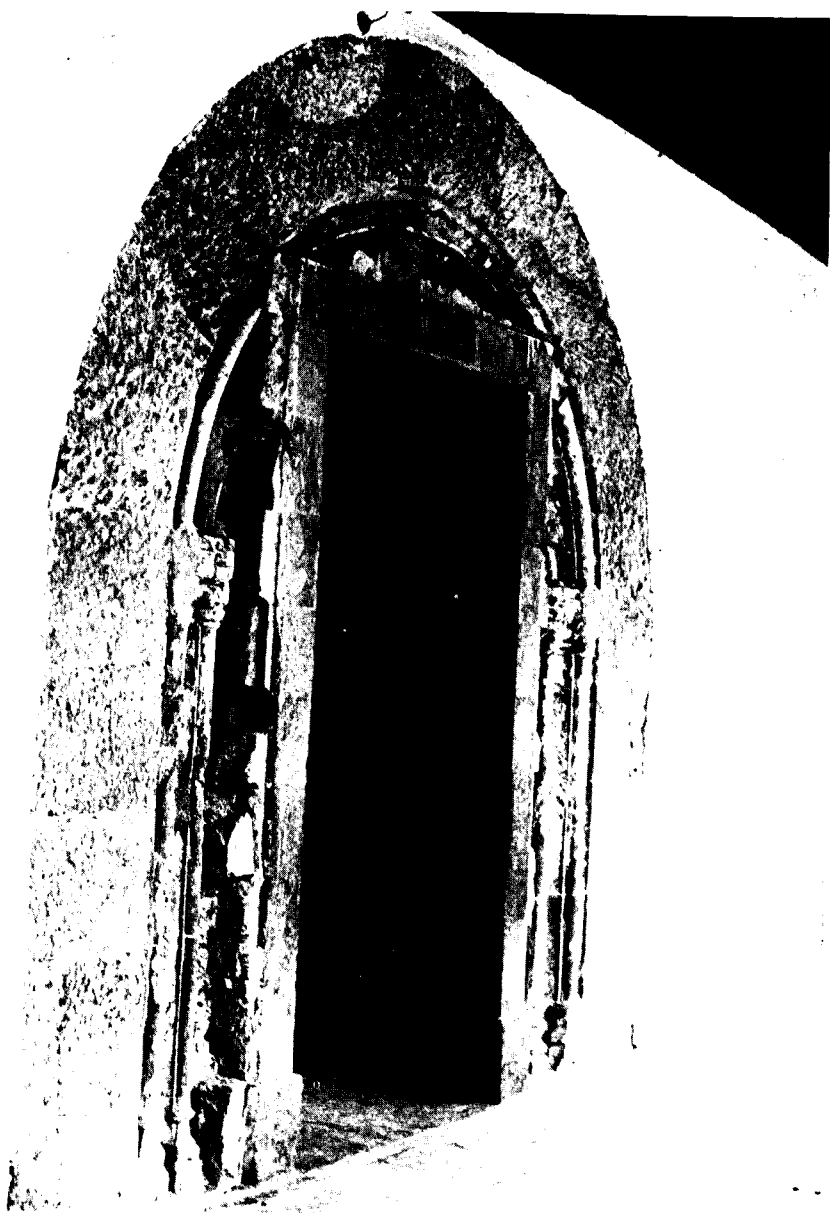
Lanzarote. Incisiones en roca, cerca la "Quesera de Zonzamas": "pentágono" (altura 15 cm.) y "mariposa".



Otra incisión rupestre, cerca del "Palacio de Zonzamas".



La Laguna, Arco descubierto en el muro del presbiterio de la capilla del Hospital de Dolores.



La Laguna. Arco con columnillas y archivoltas góticás, aparecido en el claustro de San Agustín.

Al dorso: La Laguna. Retablo con el Crucifijo, la Virgen y San Sebastián, de la capilla del Asilo de este título; en el ángulo la figura del fundador, Pedro López de Villera, y el nombre, invisible en el grabado (1513).



fueron de archivo. En las actas del antiguo Cabildo se dispone periódicamente la limpieza de las fuentes y en fechas entre 1615 y 1629 se menciona la actual Fuente Roche con nombres que oscilan entre Roche Roche, Rocheroque, Rocharocha y Rocharoca, perdido desde antiguo el *Riche* original. También el Sr. Roldán en el verano de 1968 hizo unas catas en la plaza de la iglesia de Betancuria, que hallaron a poco más de un metro los restos de cimientto de un muro de grueso de un m. y de 1,30 m. de altura sobre la roca viva, de piedra tallada, tomada con arcilla. Sobre la roca, con una capa de yeso, aparecieron huesos humanos.

De otro lado, con ocasión de una visita a la Isla, don Pedro Tarquis dio a conocer en «La Tarde», 2 de enero de 1969, la buena marcha del museo de Fuerteventura, de arqueología y costumbres tradicionales, en Santa María de Betancuria, creado por el Cabildo por iniciativa también del Sr. Roldán; contiene piezas varias, pero el mayor interés está en la sección etnográfica, con mobiliarios y artesanías tradicionales, bien ambientados.

* * *

En nuestra crónica anterior (RHC, XXXI, 1967, p. 194 y ss. y 8 figuras) Álvarez Delgado daba cuenta y comentaba cierta excavaciones en roca de la costa marroquí, de las que le había suministrado fotos Alexis Denis, de Casablanca. El mismo don Juan Álvarez nos ha facilitado ahora dos publicaciones de Denis: *Stèles et petroglyphes des Abda-Doukkala*, «Bull. d'Archéologie Marocaine», VII, 1967, p. 161-97, avec 30 planches; y *L'auge aux trois bassins du «toufri» de Tingui (Maroc)*, «Antiquités africaines», vol. 3, 1969, p. 215-24, Paris, Éd. du C. N. R. S. Nada podemos comparar con las estelas, tampoco en realidad con las *auges*, o artesas con cavidades comunicantes y aislables con una compuerta, evidentemente dispuestas para algún proceso industrial. Pero los que llama Denis *petroglyphes*, como notaba Álvarez, con sus cazoletas y surcos («rigoles»), tienen paralelos en disposiciones análogas de Gran Canaria y acaso otras islas nuestras.

* * *

Aprovecharemos la ocasión de aludir a museos de antigüedades, para ver de tranquilizar, en relación con el de Casa de Ossuna, en La Laguna, a cierto corresponsal de prensa que no duerme hace tiempo preocupado por ciertos restos antropológicos que cree debían figurar en él. Nuestra información es puramente particular y no tenemos noticia de si hay acuerdos de Junta o Patronato al respecto, ni somos portavoz de nadie. La Casa de Ossuna, cuando pasó al Patronato y a cargo del Ayuntamiento de la ciudad, estaba llena de materiales muy varios, entre ellos y destacadamente, polvo, mugre y residuos de todo orden, que impusieron una ordenación y limpieza a fondo: grandes montones de recortes de prensa, de ropas apolilladas, cueros podridos, etc. tuvieron que ser eliminados; una momia en descomposición y cantidad de huesos sin procedencia resultaban incompatibles con los fines de archivo y biblioteca que se dieron principalmente a la Casa, y se optó por pasarlos al Museo Arqueológico del Cabildo Insular, ya que, además, da la casualidad que la ciudad de San Cristóbal de La Laguna radica en la isla de Tenerife, a todo el ámbito de la cual, por lo menos, se extiende la misión de aquel Museo y de la Corporación que lo patrocina y mantiene. En fin, la entrega se hizo en depósito y bajo inventario, como es costumbre en tales casos entre instituciones públicas. Como nota curiosa y folklórica, recordamos que los obreros que trabajaban en la limpieza y reparación de Casa Ossuna se negaron a proseguir su labor, ¡si no se eliminaban de su vista aquellos materiales antropológicos!

* * *

Un importante acontecimiento para los estudios arqueológicos canarios tuvo lugar en febrero de 1969 con la reunión en estas islas del simposio internacional conmemorativo del centenario de la identificación de la raza prehistórica de Cro-Magnon, una reproducción del cráneo epónimo de la cual fue traída de París y ofrecida a nuestro Museo de Santa Cruz. Muchos de los antropólogos y prehistoriadores europeos y españoles que tomaron parte en esta reunión habían tenido sus primeros contactos con

los problemas de nuestra arqueología cuando el V Congreso Panafricano de Prehistoria y Cuaternario, tenido también en las Islas en 1963. Ahora, con un marco de estudio más ceñido, se trató de obtener conclusiones concretas, que de todos modos siempre penden de ulteriores confirmaciones. Las que fueron formuladas en solemne sesión de clausura en nuestra Universidad, presidida por el Rector Magnífico en 21 de febrero, fueron las siguientes:

1. Llegada a las Islas, aparte de otros, de un grupo cromañóide dependiente de Mechta-el-Arbi.
2. Esta llegada se produce en el ocaso del Neolítico.
3. Cada isla tiene su cultura propia.
4. Hay aportaciones mediterráneas de la primera Edad del Bronce.
5. Se han dado pequeñas aportaciones saharianas en La Palma.
6. Aportaciones de tipo beréber.

Por nuestra parte deseáramos matizaciones o precisiones acerca de varios de estos puntos; pero hay que tener en cuenta que son resultado de una síntesis de opiniones que no siempre fue fácil reducir a un asenso común.

En torno a la sesión final se produjeron algunos incidentes, más bien pintorescos, de parte de elementos que no se creyeron bastante invitados al Simposio. Esta incomodidad fue reflejada en una nota periodística de Eliseo Izquierdo en «El Día» de 28 febrero. Pero el valor de la reunión en sus aspectos positivos, y también en los deficientes, fue bien condensada en una serie de tres artículos de Luis Diego Cuscoy, en el mismo diario, del 27 febrero al 3 marzo, bajo el título de *Ecos de un Simposio*.

* * *

En ese mismo mes de marzo tuvo lugar en Mérida el bienal Congreso Nacional de Prehistoria. A él concurrió el Dr. Serra Ràfols, que presentó una concisa comunicación de los últimos hallazgos de cerámica submarina en estas islas, limitada a la presentación del material, sin enjuiciar su fecha por falta de contexto.

Se deliberó ampliamente sobre ello con intervenciones de los Sres. Oliva, Ponsich y Borges García; y el Dr. García Bellido condensó el juicio más común admitiendo que las ánforas de asas dobles pueden estimarse antiguas, mientras existen muchas dudas sobre la posible datación de las anforitas del grupo estudiado por el prof. Borges García. El Dr. Serra asistió también y se asoció al solemne homenaje que se rindió al ilustre arqueólogo Dr. Luis Pericot, antiguo discípulo suyo, que alcanzaba ese año la edad de jubilación en el profesorado, y al cual fue dedicado el Congreso con tal oportunidad.

* * *

En 6 de enero de 1968 el Museo Arqueológico del Cabildo Insular de Tenerife, que con tanto celo dirige el Sr. Diego Cuscoy, se vio enriquecido en alto grado con la inauguración de una nueva sección integrada por una valiosa colección de unas 5.000 piezas de sílex prehistóricas, amén de algunas más de concha y hueso, procedentes de la zona de Villa Cisneros en el Sáhara Español, donada por el Excmo. Capitán General de Canarias, don José Héctor Vázquez, resultado de cinco años de exploraciones sistemáticas. La oferta es de singular importancia y oportunidad, pues los materiales procedentes de países vecinos o relacionables con Canarias pueden por similitud o por contraste contribuir a valorar justamente los nuestros.

* * *

Algunos restos aislados, ya procedentes de hallazgos accidentales, ya de derribos de antiguos edificios, se vienen salvando un poco al azar. En 16 de enero del 68, don Juan Antonio Albornoz, el enamorado de los temas náuticos, dedicó atención en «El Día» al ancla que hace varios años había surgido del fondo de nuestro puerto. Como sus características coinciden con las reglamentarias de la Royal Navy británica de fines del siglo XVIII, no hace falta mucho atrevimiento para pensar que puede corresponder a alguna de las naves de Su Graciosa Majestad que asal-

taron en vano Santa Cruz en 1797. Por sí o por no, ha sido un acierto que celebra Padrón el de instalar esa reliquia de la mar como adecuado adorno en el jardín de la Comandancia de Marina.

También la mar dio al submarinista don Manuel López Mora, en la Playa de la Arena, de Puerto de Santiago, al SW de Tenerife, un cañón de hierro de 1,35 m. de largo y peso de 250 k., pieza ciertamente antigua, aunque no datable; publicó fotografía «El Día» del 19 septiembre 68.

De diversas piedras armeras, de mármol o de basalto, se ocupó don Pedro Tarquis («El Día», 28 agosto 68); proceden del derribado castillo de San Cristóbal, de la Alameda y del edificio de la aduana levantado en 1742 y se hallaban todas en el Museo Municipal. Una de ellas, al parecer el escudo de mármol de la antigua aduana, ha pasado a la Plaza de España, integrada en sus jardines.

* * *

En el Puerto de la Cruz se ha procedido a completar el castillo de San Felipe; decimos completar y no restaurar, pues, como explicó el arquitecto director de la obra don José Luis Picardo («El Día», 3 diciembre 68), el castillo de Garachico ha servido de modelo para levantar elementos de obra que nunca poseyó el de San Felipe. No enjuiciamos el caso, pues depende del criterio que se adopte; en realidad no se trata de venerables reliquias artísticas, ni que puedan pretender comparación sentimental con el desaparecido Castillo de San Cristóbal en Santa Cruz. Entonces . . .

* * *

La ciudad de San Cristóbal de La Laguna, poseyó desde sus orígenes edificios y obras de empeño artístico, cuyos detalles quedaron en parte soterrados por «mejoras» posteriores, a menudo mucho más pobres. Hace años se vio esto al adecentar el edificio municipal, antiguo Cabildo y Corregimiento, cuando aparecieron elementos góticos, la lápida de la fachada lateral y la

misma escalera a ella correspondiente. Últimamente hay que referirse a varias reliquias todavía más inesperadas: al limpiar los muros del presbiterio de la iglesia del Hospital de Dolores apareció un hermoso arco gótico, de positivo valor artístico, aparte toda consideración histórica; al mismo tiempo en el claustro del antiguo Convento de Santo Espirito, hoy Instituto Nacional de Enseñanza Media, apareció otro bello arco ojival, con sus columnillas y capiteles de flanqueo, que sin duda era entrada de una de las capillas que rodeaban el claustro. Ambos han sido restaurados en lo posible. Y en otro orden, una antigua tabla (de 236×173 cm.) que figuraba en la iglesia de San Sebastián, del actual Asilo de Ancianos, al procederse a su limpieza por los restauradores especialistas de la Dirección General de Bellas Artes de Madrid, destacados en Tenerife, apareció ser un miserable repinte sobre una pintura gótica, sin duda de limitado valor artístico, pero de considerable interés histórico, pues lleva la figura y el nombre de Pedro López de Villera, el que fundó y dotó aquel hospital al confiar al Cabildo la administración de su legado testamentario; en las actas de la corporación figura el encargo y recepción de la obra que tenemos presente (1510-13), si bien sin nombre de autor.

Esto nos lleva a hablar de esta magnífica obra de restauración y limpieza de obras de arte que han ejecutado los aludidos restauradores, Sra. Pilar Leal y Sr. García de Rueda, con ayuda de un grupo de alumnos de la Escuela Superior de Bellas Artes de Santa Cruz. Ea su día nos ocupamos de una primera exposición de su labor; otra tuvo lugar en diciembre de 1969, en la que figuraron 33 obras, clasificadas en el catálogo redactado por don Jesús Hernández Perera. Entre las obras figuraba un gran lienzo (310×217 cm.) de Santo Domingo en Santa Cruz de La Palma, representando la Santa Cena, firmado en sigla, que el Dr. Perera ha identificado con la del pintor Ambrosius Francken, de Amberes; un Andrea del Sarto; las tablas laterales del tríptico de Nava, hoy de la parroquia de Santa Úrsula; y obras de pintores canarios: Ramírez, Quevedo, La Oliva, Quintana, Miranda. De esta exposición, y en general de esta empresa restauradora, se ocupó Néstor Álamo en «Diario de Las Palmas», del 16 de diciembre.

Otras exhibiciones de arte antiguo fueron la de Arte Sacro en Los Llanos de Aridane, aneja al Congreso Eucarístico Arciprestal de junio del 68, en el nuevo edificio municipal de gusto tradicional canario, por el que hay que felicitar a la corporación y a su alcalde. Y en mayo del propio año, la monográfica del estimable pintor y poeta romántico icodense José Cecilio Montes (1831-72), bien olvidado hasta ahora (biografía por J. M. Pérez Borges en «La Tarde», 31 mayo 1968).